



Semblanzas

(Dirigentes históricos del PLN)

Enrique Obregón V.



<http://www.editorialpln.info>



<http://www.pln.or.cr>

CONTENIDO

<u>PRÓLOGO</u>	3
<u>RODRIGO FACIO</u>	
-El precursor-	7
<u>FIGUERES COMO ESTADISTA</u>	8
<u>FIGUERES</u>	11
<u>DON CHICO</u>	
El político práctico	12
<u>DANIEL ODUBER QUIROS</u>	
La inteligencia política	13
<u>LUIS ALBERTO</u>	
El ante de la sencillez	15
<u>OSCAR ARIAS</u>	
Méritos Trascendentales	17
<u>RODOLFO SOLANO ORFILA</u>	
La conciencia del hombre común	19
<u>FERNANDO VOLIO JIMÉNEZ</u>	
Humanista y patriota	22
<u>CARLOS MANUEL CASTILLO MORALES</u>	
El intelectual y político ejemplar	25
<u>CARLOS JOSÉ GUTIÉRREZ GUTIÉRREZ</u>	
-La integridad ideológica y moral-	29

PRÓLOGO

Liberación Nacional es el movimiento político más importante del siglo XX en Costa Rica. Llena los últimos cincuenta años de la lucha histórica del pueblo costarricense por conquistar su libertad, y por implantar la justicia en la convivencia de sus ciudadanos.

En lo que ha sido el quehacer de los costarricenses desde el principio de su vida independiente, Liberación nacional hizo suya, a partir del momento mismo de su fundación, la idiosincracia de un pueblo comprometido entrañadamente con los valores de una sociedad libre, solidaria, progresista e independiente. El genio de los fundadores del movimiento fue captar certeramente esta vocación nacional. Por eso, la ideología liberacionista es, en realidad, la ideología del país.

El movimiento no es ajeno, en ningún sentido, a las corrientes universales del pensamiento político y social. Se ubica en la tradición libertaria del liberalismo europeo, por lo que hace al régimen de la democracia, y en el pensamiento social de la Iglesia Católica, por lo que se refiere a la erradicación de la injusticia y al fortalecimiento de las bases solidarias de la sociedad. En esto Liberación Nacional se diferencia de los demás partidos que integran la socialdemocracia en el mundo, cuyos orígenes radican en la doctrina política y social del marxismo.

En el último medio siglo, Costa Rica se colocó entre los países más avanzados del mundo en el desarrollo humano. El progreso es obra del pueblo costarricense, pero su concepción y ejecución, desde la dirección del gobierno, llevan el sello indeleble de Liberación nacional. El legado de la generación del 48 es la libertad, la libertad de elegir a nuestros gobernantes. En ejercicio de esa libertad, los costarricenses se dieron a la tarea de construir, durante las siguientes décadas, una nueva sociedad, varias veces más grandes, más ricas y más justas que aquellas que las precedieron en la historia nacional.

Como en toda empresa humana, el aporte de Liberación Nacional encarna en personas, en hombres y mujeres, cuya visión, cuyo trabajo y cuyo sacrificio materializaron el sueño de una Costa Rica dedicada, entusiastamente, a afianzar la libertad, a incrementar

la riqueza, y a rescatar de la miseria a sus hijos más pobres.

En las páginas que siguen, Enrique Obregón nos presenta la semblanza de algunas de las personas en quienes encarnan la trayectoria, la obra y la historia de Liberación Nacional.

Son las semblanzas de nuestro padre, José Figueres; del intelectual brillante, labrador de nuevos cauces en el pensamiento de sus contemporáneos, Rodrigo Facio; del ideólogo, comprometido de modo ineludible con la causa de los pobres, Benjamin Núñez; del Presidente bueno, profundamente conocedor del alma de su pueblo, don Chico Orlich; del político por excelencia, Daniel Oduber, del campesino jornalero que al alcanzar la Jefatura de la Nación en momentos muy difíciles, supo hacer una Presidencia con rostro humano, Luis Alberto Monge del hijo del Partido, que devolvió a Centroamérica la voz que había perdido, la colocó otra vez en el sendero de la paz, y es hoy un hombre de dimensión mundial, Oscar Arias, y del arquetipo de hombre público, defensor de los derechos humanos en todas las latitudes, y dedicado permanentemente al servicio de sus compatriotas, Fernando Volio.

Las semblanzas que nos regala el querido compañero no agotan la lista de los héroes de Liberación Nacional. El autor se propone completarlas en fecha próxima. Pero su publicación ahora es oportuna en extremo, pues el Movimiento necesita, más que nunca, aprender e inspirarse en el ejemplo de estos hombres, la mayor parte ya ausentes de entre nosotros.

Liberación Nacional atraviesa hoy el momento más difícil de su historia. El apoyo de su pueblo ha disminuido, particularmente en la juventud. Una proporción grande de los ciudadanos siente que la clase política se ha distanciado de los problemas y de las angustias que aquejan a su pueblo, y cree que es víctima de la corrupción. El Partido padece de una crisis honda de identidad. La gente se pregunta qué es hoy ser liberacionista, y no encuentra respuestas, ni satisfactorias, ni insatisfactorias; la propuesta de efectuar campañas de afiliación, a fin de contrarrestar el empequeñecimiento, se estrella ante la imposibilidad de contestar al joven de primer voto, al independiente o al adversario de ayer, por qué es que debería afiliarse hoy a Liberación Nacional.

Es cierto el distanciamiento entre los estratos superiores de la dirigencia y las urgencias de las comunidades. Hoy en día las luchas entre las cúpulas, son por el dominio de una base popular, cuya existencia y permanencia se dan por supuestas. Esto explica, al menos en parte, las contradicciones que se presentan, cada vez con mayor frecuencia, entre las promesas que se hacen en las campañas, y las acciones que se toman ya en el gobierno, con el consiguiente debilitamiento de la fe que deposita la ciudadanía en sus dirigentes y en sus gobernantes. Trágico error que se ha venido cometiendo con creciente frecuencia.

La sociedad costarricense se ha visto crecientemente afectada por el fenómeno de la corrupción desde hace ya unos cuantos años. Los partidos políticos no escapan a su influencia. En el caso de Liberación Nacional, un puñado de malos costarricenses, que llegaron a la función pública para servirse y no para servir, ha causado daños grandes a una agrupación integrada por gente honorable en su inmensa mayoría.

La crisis de la identidad liberacionista no radica en ninguna pérdida de validez o de relevancia de su ideología; ésta sigue vigente e invariable. La crisis surge, más bien, de un regazo lamentable de nuestros programas y propuestas, para ajustarse a realidades nuevas. El orden político y económico internacional sufrió cambios radicales a partir de la década de los años 1970, y Liberación Nacional, desde el partido, siguió impertérrito la misma línea del pensamiento elaborado en los años 1940. No practicamos bien la lección aprendida de don Pepe de que, cuando las circunstancias cambian, hay que cambiar de políticas.

La tarea esencial, única e impostergable en Liberación Nacional es detener sin demora el debilitamiento moral, ideológico, programático y electoral del Partido; recuperar el favor de la ciudadanía de que siempre gozó, y hacerlo crecer con el apoyo de los jóvenes y de las mujeres, constituyéndolo, otra vez, en el instrumento de progreso de los costarricense en todos los terrenos.

La tarea no es nada fácil; el camino de su realización está erizado de obstáculos del desconocimiento de que el mundo cambió; de la desidia y del pesimismo, de la tentación de refugiarnos en el pasado, o de acoger la propuesta importada; de abdicar del pensamiento propio, para adoptar la fórmula

engañosamente fácil; de confundir el interés personal o de grupo con el bien común.

Al mismo tiempo, es la tarea más hermosa y más fecunda que puede emprender todo liberacionista. Por la fidelidad a nuestros principios, y por nuestra obligación indeclinable de continuar la labor iniciada por quienes nos antecederon, en la magna obra de construir una patria sin miseria. Es también la más importante, pues un Liberación Nacional fuerte, vigoroso y con visión certera del futuro constituye una de las claves de la solidez y de la estabilidad de nuestra democracia política.

La lectura de las semblanzas de Enrique Obregón, y la reflexión que de seguro provocará en todos nosotros, servirán para movilizar nuestras reservas morales e intelectuales, y para atilinar nuestra fibra política para la acción. El ejemplo de estos preclaros liberacionistas fortalecerá nuestra determinación de rescatar el comportamiento moral en el manejo de los asuntos públicos, y de renovar nuestro compromiso de trabajar por todos los costarricenses, pero especialmente por los más necesitados; nos conducirá a vivir apegados a los principios de la frugalidad, y de servicio exclusivo a los intereses del país; nos orientará siempre a ganar para Costa Rica más y más grados de libertad, en un mundo cada vez más interdependiente, nos permitirá reafirmar nuestra dedicación al estudio de los problemas nacionales, a fin de encontrar las fórmulas más inteligentes y eficientes para resolverlos; y nos señalará que el camino liberacionista a seguir, sin desmayos y sin claudicaciones, es el enriquecimiento ininterrumpido de la nación, y una equidad creciente en la distribución del producto del trabajo nacional.

Carlos Manuel Castillo Morales

RODRIGO FACIO

-El precursor-

Rodrigo Facio fue el precursor, el intelectual que lanzó las primeras ideas conceptuales sobre el socialismo democrático en Costa Rica: el hombre de estudios preocupado por encontrar el fundamento ideológico para un futuro partido político orientado hacia la construcción de una democracia social.

Organizó grupos, señaló caminos, se constituyó en el jefe natural de la juventud pensante de nuestro país. Fue una luz, un faro que orientó en época de total oscuridad. Denunció la política maliciosa, el fraude electoral tras el cual se pretendía ocultar una democracia que no terminaba de aparecer en su verdadera dimensión.

Fue un hombre que, muy joven, se plantó a mitad del camino de la patria y dijo: a partir de ahora, lucharemos por los verdaderos derechos y libertades del pueblo costarricense. Sin aspavientos, sin demagogia, con la clara serenidad de una persona convencida de lo que hay que hacer y de cómo hacerlo.

En el momento en que el fraude electoral apareció en toda su verdadera dimensión de estafa popular, cuando solamente el camino de la lucha armada se presentaba como solución única e inmediata, la tierra de labranza estaba preparada. Sin Rodrigo Facio, posiblemente, no hubiera existido un contenido ideológico fuerte que le diera consistencia y valor al brazo armado del pueblo. José Figueres tuvo la fortuna de encontrar un campo debidamente roturado para depositar la semilla.

Yo pienso que hay hombres que tienen la capacidad de intervenir en el proceso histórico de un país aprovechando una determinada oportunidad o coyuntura. Rodrigo Facio fue uno de ellos. Las condiciones históricas de Costa Rica en la actualidad serían otras, si él no se hubiera detenido, a mitad del camino, en 1940, solo, como un maestro de la antigüedad, recogiendo discípulos y trazando senderos hacia el futuro. Rodrigo Facio fue la conciencia histórica del pueblo costarricense, extraída del siglo XIX, y lanzada con vigor y firmeza al siglo XXI.

FIGUERES COMO ESTADISTA

Palabras dichas por Enrique Obregón V. En la Asamblea Legislativa, en el acto de homenaje a don José Figueres, cuando se le nombró Benemérito de la Patria.

En su libro "El Poder y la Vida", afirma Valery Giscard D'Estaing: "jamás hubiese sido presidente de la República sin la enfermedad y muerte de Pompidou". -esta afirmación posiblemente sea cierta, como lo es que todos somos consecuencia de condiciones ajenas a nosotros mismos. En política, podemos decir que este es un fenómeno que apreciamos con mayor intensidad.

De esta manera, es procedente afirmar que don José Figueres nunca hubiese sido presidente sin la reforma social de Calderón, el mal gobierno de Teodoro Picado y una oposición brillantemente dirigida por Otilio Ulate- que creó un ambiente de agitación nacional- y que ayudó después para el desarrollo de una revolución triunfante.

Cada político tiene circunstancia, ajena a él, que le marca un punto de partida original. Lo que haga después dependerá, en gran medida, de sus capacidades y del valor que tenga para hacerle frente a las contradicciones y posibilidades del momento histórico que le corresponde vivir.

La mayor parte de los hombres que intervienen en los asuntos públicos, despegan como políticos, y permanecen en esa condición, logrando pequeños espacios en la historia, sin pena ni gloria. Solamente algunos, muy pocos, traspasan esos límites para adquirir dimensión de estadistas, ocupan escenarios inmensos, en el espacio y en el tiempo, y llegan, en ciertas ocasiones, hasta traspasar las fronteras de sus propios países.

El estadista es un político, pero los políticos no siempre son estadistas. El político, como que se queda resbalando en su propio tiempo, sin capacidad para mirar al día siguiente. Para el estadista, su tiempo no es más que el punto de apoyo que le permite proyectarse hacia el futuro. El político es un hombre que trabaja con lo que tiene, con lo que existe; el estadista, en cambio, es un mago que labora con todo aquello que pueda llegar a ser, con la fantasía del mundo por crear. El primero, pule y repule el presente, que es la escultura del pasado; el segundo contorno de audaz

clarividente a un futuro que solamente él, y otros pocos como él, pueden apreciar y entender.

El estadista es siempre un hombre del mañana. Por eso imprime sello propio y permanente a su tiempo y al tiempo de los que sucederán. Y será más grande, cuanto más penetre en la historia futura de su propio país.

Hubo un hombre en la Atenas Antigua que grabó tan profundamente su personalidad en la historia que aún hoy continuamos hablando del siglo de Pericles. ¿Cuántos estadistas ha tenido Costa Rica en el presente siglo? Es posible que solamente tres: Alfredo González Flores, Rafael Angel Calderón Guardia y José Figueres Ferrer. Fueron gobernantes que pudieron traspasar su propia circunstancia histórica para proyectarse definitivamente hacia el futuro. En nuestro país, el siglo XX estará marcado, con relieve mayor, por estas tres grandes personalidades.

Este no es espacio para hacer un estudio profundo de la labor de estos tres gobernantes, pero puedo hacer un apunte de diferencia general. Don Alfredo tuvo un pecado original: no fue electo popularmente; y cometió un error básico de planteamiento: pretendió adelantarse demasiado a las posibilidades de su época. Calderón, en cambio, fue electo popularmente y planteo una reforma social profunda de acuerdo con las necesidades y sensibilidad de su tiempo, pero falló en las estrategias, quebrando así el poder de resistencia de la sociedad. La reforma de Calderón, necesaria y conveniente, al fallar en el procedimiento político para su aplicación, provocó un enfrentamiento violento de clases que duró más de seis años, y que terminó con el triunfo de la Revolución del 48. Finalmente, Figueres transformó la estructura del Estado costarricense, creando una serie de instituciones con capacidad para actuar fuera del poder central, consolidó para siempre el derecho del pueblo a elegir libremente a sus gobernantes e imprimió una nueva y saludable energía en la sociedad, lo que ha permitido, durante más de cuarenta años, transformar las instituciones caducas sin derramamientos de sangre.

De los tres estadistas señalados, los dos más significativos fueron Calderón Guardia y José Figueres y son los que le han dejado su huella a este siglo. Al siglo XX, que es el siglo de Calderón y Figueres. Pero pienso que Figueres se adelanta un poco más, en una bien analizada dimensión de estadista, cuando nos enseñó - en una época revolucionaria y turbulenta- que las reformas

sociales se plantean teniendo en cuenta las posibilidades del momento y dentro de la institucionalidad democrática. Esta enseñanza, rebatida como conservadora y entreguista por algunos sectores de los campos socialistas más extremos, está hoy plenamente confirmada por nuestra realidad nacional así como por los grandes acontecimientos mundiales.

El reformismo democrático bien entendido resultó ser, a la postre, el único camino de la verdadera y auténtica revolución para el bienestar de los pueblos.

Hace ya muchos años, en 1867, se le encargó a Víctor Hugo escribir un prólogo para "La guía de París". En realidad, aquel prologo resultó ser un celebre ensayo que definía lo que iba a ser Europa en el siglo XX: un conjunto de naciones unidas política y económicamente, marcando un desarrollo y un espíritu de fraternidad solidaria nunca vistos con anterioridad, sin diferencias ideológicas, aceptando todos los pueblos una sola forma de gobierno. Ciento veinticinco años se adelantó Víctor Hugo a su tiempo. Pues bien, en este ensayo, el gran poeta francés nos da una máxima lección de doctrina política al lanzarnos la siguiente sentencia: "Saber exactamente la cantidad de porvenir que es posible introducir en el presente, ahí reside todo el secreto de un gran gobierno. Poned porvenir en todo lo que hacéis, cuidando tan solo de medir su dosis".

Y esta, y no otra, es la gran enseñanza que los costarricenses hemos recibido de don José Figueres. El buen gobernante trabaja siempre con el futuro; pero el estadista verdadero es aquel que sabe exactamente la cantidad de porvenir que es posible introducir en el presente; es decir, el que puede recetar la dosis adecuada.

FIGUERES

Artículo publicado por Enrique Obregón V. Con motivo de la muerte de D. José Figueres Ferrer.

Algunos creen que José Figueres nació en San Ramón de Costa Rica; pero yo pienso que fue en la Grecia Antigua. Era amigo y partidario de Pericles y discípulo de Anaxágoras. Posteriormente, por un cósmico huequecito de la historia, se marchó de su lugar natal y llegó a nuestro país. Traía sus alforjas repletas de las más puras ideas sobre libertad y democracia.

Aquí descubrió la tolerancia como ley suprema de convivencia pacífica entre los hombres y aprendió a vivir sencillamente en armonía con la naturaleza. Sonrientes, Voltaire y Tolstoi lo admitieron como hermano.

Un día, alguien pretendió desconocer el derecho del pueblo a elegir libremente a sus gobernantes. Fue, entonces, cuando nos enseñó que el uso de las armas puede ser imprescindible en un momento determinado, después, sólo ha de existir el imperio de la ley.

De pronto, se nos ha escapado. Todos lo hemos visto partir, en su vieja motocicleta, hacia la más lejana de las estrellas. Llevaba en alto una bandera en la cual había inscrito la siguiente leyenda: "Recordad siempre que toda lucha verdadera no tiene fin".

DON CHICO

El político práctico

Amable, risueño, bueno, así era Francisco Orlich. Siempre transmitiendo una sensación de paz y una confianza natural en él y en todo lo que representaba. Posiblemente haya sido el único Presidente de Costa Rica que abandonó el poder sin un solo enemigo. Ni antes, ni después de él hemos tenido el ejemplo igual. Se puede decir que fue un gobernante para todos los costarricenses.

Era fácil darle la mano, abrazarlo, comprenderlo. Estaba totalmente identificado con el pueblo y con los fundamentos sociales del Partido político al que pertenecía. Luchó sin dogmatismos y con un sentido práctico que había adquirido a lo largo de su vida. Fue un gobernante que llevó la lógica del hombre del pueblo a la función del gobierno. Sin presunción, con modestia que se desprendía de su esencia popular, solo aplicando lo mejor que sabía, que era el más elemental sentido común.

Por vía indirecta, fue el único que hizo una pequeña reforma agraria en nuestro país. Siendo Ministro de Obras Públicas, pidió que le presentaran un proyecto de construcción de caminos vecinales para todo el territorio nacional. Cuando los ingenieros le llevaron los planos, y al saber el alto costo, les dijo: "Esta bien, pero no tenemos tanto dinero para llevarlo a cabo. Solamente hay una solución: échenle ripio a todos los actuales caminos vecinales".

Y así se hizo. Con ese sentido práctico, terminó con la carreta y el transporte a caballo, puso punto final a la explotación del pequeño agricultor por parte de toda clase de intermediarios. Acercó el campo a la ciudad y la ciudad al campo. A partir de don Chico, el campesino se sintió protegido y amparado por el Estado.

Muchos años después, cuando yo le comentaba las beneficiosas consecuencias de aquella medida, me respondió con el buen sentido del humor que lo caracterizaba: "Con tantos doctores aconsejando la aplicación de teorías aprendidas en las universidades extranjeras, y ante el fracaso de sus consejos, en ocasiones pienso que lo mejor que podemos hacer para solucionar los grandes problemas nacionales es echarle ripio a la economía del país.

DANIEL ODUBER QUIROS

La inteligencia política

Palabras dichas por Enrique Obregón V. En el acto de apertura del Congreso Ideológico del Partido Liberación Nacional, "José Figueres Ferrer".

En alguna ocasión escuché decir a Felipe González Márquez, Secretario General del Partido Socialista Obrero Español, que "un partido político puede morir por sus fracasos, pero que también puede morir por sus éxitos". De la misma manera, en Andalucía, se repite con frecuencia la siguiente verdad: "Muchos tienen capacidad para levantarse de un gran fracaso, pero muy pocos sobreviven a un gran triunfo".

Algo parecido le había escuchado yo a Daniel Oduber, hace muchos años, cuando perdimos por primera vez en 1958. En esa ocasión, la sorpresa y el pánico afectaron a nuestros dirigentes. Entonces Daniel, sereno, conceptual, dijo tranquilamente: "Desde el punto de vista de nuestro Partido, de lo que somos y de lo que estamos destinados a ser en nuestro país, no le temo tanto a las derrotas como a los triunfos; es el éxito lo que destruye a un partido ideológico más que los fracasos".

Con don Pepe, don Chico, y Luis Alberto, Daniel completó el pequeño grupo de los cuatro máximos fundadores del Partido Liberación Nacional. Pero si tuviéramos que señalar quién ha sido la inteligencia política de Liberación Nacional, el hombre conceptual y pragmático al mismo tiempo, con capacidad para definir principios y para decir lo que hay que hacer en cada momento, ese fue siempre Daniel, desde 1949 hasta el momento actual. Siempre estuvo dentro del Partido; presente en las bases y en la dirigencia, en las Asambleas y en las comisiones de trabajo.

Don Pepe fue el inspirador, el héroe, un hombre a quien la historia lo situó por encima de los hombres y de los partidos. Don Pepe casi se nos escapa del análisis lógico. Pero Daniel no; porque es un hombre con los vicios y las virtudes de los grandes políticos que fueron solamente eso, de los que no llegaron a ser héroes ni santos.

Daniel es un hombre que hizo de la política su vida, porque esta es su grande y verdadera pasión. Por eso le podemos señalar, casi con precisión matemática,

todos sus errores; pero también sus grandes virtudes como Diputado, como Presidente de la República, como miembro del Partido, como intelectual brillante que sin presunción ni vanidad, se ha paseado tranquilamente entre todos nosotros, durante tantos años, como si fuera un hombre de pueblo más, expresándose en un lenguaje sencillo, siempre muy lejos de la cita académica, siendo, como en verdad los es, uno de los partidos más cultos que he tenido este país.

Daniel ha sido nuestro maestro, el que nos enseñó a luchar por la justicia social directamente, en cálido y constante contacto personal; el que siempre señaló que era con el Partido y dentro del Partido que deberían librarse las luchas sociales, y quien, además, siempre subrayó, con precisión de cirujano óptico, que el socialismo democrático era el camino para nuestra democracia y para todas las democracias del mundo.

Daniel, un hombre de grandes capacidades intelectuales y políticas, y quien un día decidió - permaneciendo así para siempre - salir por el mundo revestido de "chavalo tuanis".

LUIS ALBERTO

El ante de la sencillez

Artículo publicado en la Prensa por Enrique Obregón V. Cuando terminó el Gobierno de Luis Alberto Monge.

Cuando Luis Alberto Monge, a los treinta y dos años, fue electo diputado, ya se decía en el Partido Liberación Nacional que llegaría a ser candidato a la Presidencia de la República. Entonces, don Francisco Orlich y don Daniel Oduber estaban haciendo fila todavía. En aquella época, comenzaba a variar el sistema de escoger candidatos. Un partido político constituido alrededor de una ideología, anunciaba su determinación de permanencia y pedía que a los candidatos los eligieran los partidos en sus bases populares y no en los clubes sociales por pequeños grupos interesados.

Así comenzó a funcionar el Partido Liberación Nacional y una nueva etapa de la democracia costarricense, entendida ésta en lo político, ahora, como un sistema de partidos. La asociación política ideológica y permanente genera su propia energía creadora de dirigentes naturales internos. Esta es una de sus particularidades y, al mismo tiempo, su sello de garantía. La propia naturaleza del partido da origen a sus líderes. Cuando los sectores de base actúan inteligentemente y escogen a su candidato natural, el partido se fortalece y confirma su propia identidad, cuando sucede lo contrario, se precipita la agrupación en serias y graves confrontaciones, a veces, irreparables.

Desde el momento en que se afirmó que don Luis Alberto era Liberación, se estaba confirmando una verdad. Sus dos candidaturas a la Presidencia lo fueron de manera natural, sin forzar las grandes voluntades populares. Claro que los partidos policlasistas son, por definición, fuente de corrientes e intereses diversos. Lo importante es saber dónde está el sentir de las mayorías.

De no haber existido un Partido como Liberación Nacional, nunca un campesino como Luis Alberto Monge hubiera llegado a ser Presidente de este país. Variada oposición tuvo cuando luchaba por su candidatura porque, dentro y fuera del partido, no se le perdonaban dos pecados capitales: su origen campesino y el haber cambiado su condición de peón de los tabacales por la de

dirigente sindical. Durante la consolidación de nuestra democracia política - período comprendido entre 1950 y 1980 - fue serio delito político la condición de sindicalista.

Después de cuarenta años de lucha, Luis Alberto llega a la Presidencia de la República con un gran interrogante sobre su cabeza. Por un Lado, las clases acomodadas se preguntaban cuáles serían los peligros que corría la institucionalidad del país con aquel conchito de bandera sindical que llegó a la Casa Presidencial; por otro, los obreros y campesinos dudaban si tenía fortaleza espiritual para ser consecuente con su origen, su sensibilidad social y su convicción ideológica.

Con el transcurso de los meses, algo fue quedando claro: Luis Alberto era un hombre sereno, sin grandes pasiones, profundamente convencido de nuestro tradicional republicanism, que sabía mantener el patriotismo y las auténticas corrientes históricas de nuestra nación en momentos de crisis o de confrontaciones que amenazaran violencia.

En un momento determinado, todos entendimos que el Presidente había encontrado el eje central, el necesario punto de equilibrio, desde el cual debía partir para mantener la democracia sin desatender el apoyo a la producción y a la justicia. Todo esto, en medio de una convulsión violenta en América Central que amenaza con invadirnos a nosotros también.

Luis Alberto logró evitar que entráramos en la guerra centroamericana, levantando con vigor la causa de la paz y la neutralidad. De la misma manera mantuvo la conveniente equidad social, sin promesas demagógicas, con una deseable tranquilidad que hoy todos reconocemos.

Al finalizar su labor, se marchó del poder tranquilo, apacible, sonriente, seguro de la buena labor cumplida, convencido de que a este país lo puede gobernar un campesino o un obrero, en el tanto en que continúen funcionando los partidos democráticos de base popular, y siempre que todos entendamos que gobernar es el arte de la sencillez y del mantenimiento de la fe en la institucionalidad democrática.

Esta es la herencia que nos dejó un campesino costarricense, a quien el voto popular llevó a la Casa de Gobierno con una blanca bandera sindical entre sus manos.

OSCAR ARIAS

Méritos Trascendentales

Desgraciadamente son demasiados los gobernantes que llegan al poder sin ambición de futuro, ajenos a la preocupación por entrar con paso firme y seguro a la historia. ¿De cuántos Presidentes de nuestra República tendríamos que guardar silencio, por respuesta, si alguien nos preguntara qué fue lo que hicieron!

Pero este no es el caso de Oscar Arias. Por su edad, Arias no fue un precursor del Partido Liberación Nacional ni del movimiento social demócrata de Costa Rica. Arias es más bien una consecuencia triunfante de la lucha cívica iniciada en 1940, de la Revolución de 1948 y de la acción de gobierno de nuestro partido en cuatro décadas.

Oscar Arias es como el hijo que triunfa y se llena de méritos, enorgulleciendo así a sus padres.

Todos los que en el Partido peinábamos canas cuando Oscar Arias logró reunir a los Presidentes de América Central para luchar conjuntamente por la paz en la región, nos sentimos sumamente complacidos por la inteligencia política de uno de nuestros hijos.

Cuando, en reconocimiento a su labor, se le otorgó el Premio Nobel de la Paz, entonces no cabía la alegría en nuestros corazones porque sabíamos, además, que en ese reconocimiento se distinguía también a nuestra patria y a todo lo que ella ha significado en la historia de América.

Arias trascendió las fronteras de su pequeño país y logró conquistar, por derecho propio, un lugar entre los grandes gobernantes del mundo. Este reconocimiento no se lo han regalado, lo conquistó con base a ambición bien entendida, de interés por entrar a la historia y de una tozudez puesta a prueba por lograr todo lo que se propuso en su vida.

Hace muchos años cuando yo estudiaba en la Universidad de Madrid, un profesor me preguntó por mi nacionalidad: "-yo soy de Costa Rica-" le contesté. Me comentó: "-Ah la patria de don Joaquín García Monge-". Muchos años después, alguien refiriéndose a nuestro país, agregó: "-Ah, la patria de don Pepe Figueres-".

Ahora, recientemente, escucho también decir: “-Costa Rica, la patria de Oscar Arias-”.

RODOLFO SOLANO ORFILA

La conciencia del hombre común

En el Partido Liberación Nacional, y en la sociedad costarricense en general, RODOLFO SOLANO ORFILA dejó una huella; profunda y clara, de luchador social. Su defensa permanente de los derechos del pueblo estaba por encima de sus vinculaciones con el Partido al cual perteneció e incluso, de todo lo que constituía su entorno personal.

En una época lo consideré como el modelo de ciudadano perfecto. Del hombre titular de derechos plenamente consciente de esa titularidad. De aquel intelectual que no estaba dispuesto a permitir, que no hubiera una relación directa entre la declaración jurídica de un derecho y su realidad; entre el enunciado y su consecuencia.

Pero después comprendí que Rodolfo iba más allá del clásico ciudadano, producto de la Revolución Francesa, del recordado citoyen.

Rodolfo era, más que un defensor de los derechos consolidados en la ley, un luchador por los derechos que todavía la ley no contemplaba. En ese sentido, era como un ciudadano del futuro. Lo que Georges Bourdeau llama "un hombre situado". Es decir, el que se define, ya no como parte de una agrupación informe que podríamos llamar pueblo, ciudadanía, masa o humanidad, sino como un individuo que pide, que reclama su derecho como obrero, como profesional, como estudiante, como pequeño industrial. Un hombre situado dentro de una colectividad, que reclama el reconocimiento real a su propia individualidad dentro del grupo. Que es ese tipo de hombre que defiende, antes que los derechos humanos, los derechos del hombre. Derechos del hombre y del ciudadano, decían prematuramente en la Francia revolucionaria. Que es una dimensión que tiene hoy sus raíces, ya no en la propuesta de la señora Roosevelt ante las Naciones Unidas, sino que viene de más lejos, del obrero Thomas Paine; que fue el primero que enunció, teóricamente, los derechos del hombre, como individuo, como ser humano, como persona. Quien habla de derechos y no recuerda a Paine, no sabe de lo que está hablando. "Llegaré un día, decía Napoleón, en que habrá una estatua de Paine en todas las ciudades del mundo". Ese momento no ha llegado todavía. Pero, por lo menos en las Naciones Unidas, en Nueva York, debería existir una estatua de Thomas Paine, el más universal de los

combatientes por los derechos del hombre, y sin cuya presencia oportuna, quizá, la independencia de los Estados Unidos, y las revoluciones francesa y latinoamericana, estarían todavía incompletas.

Posiblemente sin saberlo, RODOLFO SOLANO, no fue tanto discípulo de Rousseau, Jefferson o Simón Bolívar, como de Paine.

Con frecuencia, con mucha frecuencia, RODOLFO me llamaba para que conversáramos, para protestar ante mí por lo que estaba sucediendo.

¿Cómo es posible, gritaba, que toda esa gente - la de los Bancos y la de los no Bancos - no estén en la cárcel todavía? Si no hay leyes que se les puedan aplicar hay que dictar nuevas legislaciones y, si eso no es posible, todos nosotros deberíamos unirnos para atrapar a éstos delincuentes y llevarlos a la cárcel. Y si un juez los suelta, metemos también en la cárcel al juez.

RODOLFO vibraba, palpitaba en la vida nacional; pero siempre con un pie en el futuro. Jamás pudo estar de acuerdo con una sentencia como la de Sieyès: "El pueblo no puede tener más que una voz, la de la legislación nacional". El más bien pensaba que la única voz que tenía el pueblo era la de su propia necesidad.

Para hombres como RODOLFO, la legislación no era más que un punto de partida.

Al ciudadano clásico "lo hacen Licurgo, Moisés o Numa"; pero al hombre situado de la actualidad le da contorno de realidad, la conciencia que va adquiriendo diariamente por la muerte por hambre de un niño, por el atropello a un hombre por parte de todos los poderes o por la masacre permanente que ocasiona, en diversas partes del mundo, la intransigencia ideológica, religiosa o política.

RODOLFO SOLANO fue un hombre de sufrimiento constante, insobornable, que nunca pudo retener su impulso vital de protestar por todo lo que sucedía dentro de las democracias. - Si no luchamos, si no peleamos, si no denunciemos, no habrá democracia. Porque democracia es lo que nosotros podemos construir, no lo que hemos heredado.

En una ocasión me dijo: Estoy convencido de que el peor reaccionario del mundo es aquél que está totalmente conforme con lo que existe.

RODOLFO SOLANO, en varias de sus manifestaciones, se me aparecía como un desertor, claudicante, de la sociedad en la cual vivía, porque él, de muchos años atrás, había "ofrecido su adhesión y su fe a una sociedad futura", justa y solidaria.

FERNANDO VOLIO JIMÉNEZ
Humanista y patriota

Compañeros y amigos:

Estuve conversando ayer durante más de una hora con Fernando Volio, en su despacho de la rectoría de la Universidad de la Salle. Estaba contento porque yo me había incorporado como profesor de esa institución. De pronto, y con el mismo entusiasmo de siempre, me dijo: "Tenemos que continuar luchando en este país por una educación humanista y por una política moral. Una educación que pueda servir para crear un nuevo perfil cultural y una forma de hacer política que no desvíe a los ciudadanos de sus deberes patrióticos, ni los aparte de la preocupación permanente por la defensa de los valores fundamentales de la democracia".

Cuando Fernando terminó, le dije: hace pocos días escuché decir a D. Víctor García de la Concha, de la Real Academia Española de la Lengua, lo siguiente: "Las humanidades dan esquema de pensamiento, y el conocimiento adquirido, a través de ese estudio, amplía las bases de la libertad".

Cuando esta mañana, persona amiga me informó de la inesperada y triste muerte de Fernando, de inmediato recordé sus palabras de ayer, que son sus mismas palabras de hace cincuenta y dos años, cuando el chafarote del militar corrompido le abrió la cabeza y lo dejó marcado físicamente para siempre. Las mismas palabras que pronunció reiteradamente en las aulas universitarias durante su época de estudiante; las mismas palabras que repitió una y otra vez en la Asamblea Legislativa, en el Ministerio de Educación, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el campo Internacional. Las mismas palabras que le escuché en varias ocasiones, en el Partido Liberación Nacional, durante encuentros diversos.

Fernando fue un hombre permanentemente en vigilia. En vigilia cultural y en vigilia democrática.

Fernando Volio no fue un caso aislado en su familia. Perteneció a una de las más ilustres familias costarricenses, y se podría decir que posiblemente sea, el de los Volio, el grupo familiar de mayor raigambre política que haya tenido este país. Es larga la tradición de los Volio en el quehacer político de Costa

Rica. A don Julián Volio - miembro de la Asamblea constituyente de 1859 y Ministro en la Administración de Jesús Jiménez - se le desterró después a San Ramón por inquieto y preocupado por suprimir vicios electorales y prácticas políticas indebidas.

Varios Volios estuvieron en la Asamblea Legislativa y en la lucha política permanente. Recordemos aquí a don Alfredo Volio, jefe natural de los emigrantes políticos en Nicaragua, en revolución declarada contra la dictadura de los Tinoco. Don Alfredo murió prematuramente, pero su energía patriótica quedó prendida en todos los costarricenses combatientes.

Y recordemos también al padre Volio, una de las inteligencias políticas más brillantes que hemos tenido y a quien se le puede considerar como el precursor de toda la reforma social y el creador de la verdadera conciencia nacional que permitió después una lucha popular por los derechos ciudadanos y más amplias libertades.

No hubo un Volio en la Presidencia de la República, pero gran parte del pensamiento democrático que tenemos los costarricenses se debe a destacados miembros de esta familia.

El penúltimo de los Volio fue Fernando. Digo penúltimo porque deja hijos ilustres con la dura obligación de levantar la bandera patriótica familiar.

De los Volio casi se puede decir que ha sido como una familia patricia, tal y como existió en la Roma de la antigüedad. Siempre he creído que Fernando Volio fue como Cayo Graco, que heredó tradición de honradez y preocupación por el bienestar de la patria. Cayo Graco - según nos lo dice Theodor Mommsen- fue un romano que "huía de los placeres groseros, culto y bravo soldado" que perteneció al partido democrático y llevó a cabo una revolución institucional con la reforma agraria y leyes diversas de corte abiertamente democrático.

Como a los hombres se les conoce por sus hechos, como lo leemos en el texto bíblico, para hablar de Fernando Volio basta con hacer una lista de todos sus logros en su larga lucha por la cultura y la vida republicana de este país.

Solamente recordemos hoy que fue coautor de las leyes de asuntos agrarios que se tramitaron en la Asamblea Legislativa a partir de 1958, y, asimismo,

coautor de la reforma constitucional que universalizó los seguros sociales; que creó la Editorial Costa Rica, institución tan importante que, al decir de Alberto Cañas, varios años después, le dio vuelta a la manera de editar libros en Costa Rica; antes, los autores andaban pidiendo, como un favor, que les editaran sus producciones, después de la Editorial, era ésta la que andaba detrás de los escritores para publicarles sus libros.

Fernando Voilio creó las universidades privadas, la Universidad Nacional a distancia y la televisión cultural. Publicó libros diversos sobre la democracia y fue uno de los primeros intelectuales, en el mundo, que denunció, desde los foros internacionales más importantes, el criminal apartheid de África del Sur, publicando un libro denuncia de gran importancia y contenido.

Diputado, ministro, diplomático, conferencista, profesor universitario, relator de las Naciones Unidas y, últimamente, rector de la Universidad de La Salle.

Estas son apenas unas aristas políticas e intelectuales de este gran luchador por las mejores causas democráticas de Costa Rica. No llegó a ser Presidente de este país, pero mereció serlo. Y esto último, a muy pocos costarricenses se les podría decir.

Finalmente, solo deseo repetir a sus palabras de ayer, que son como su testamento político: "TENEMOS QUE CONTINUAR LUCHANDO POR UNA EDUCACION HUMANISTA Y POR UNA POLITICA MORAL". Me correspondió el inmenso honor de recogerlas y se las entrego a todos ustedes con cariño y emocionado fervor.

CARLOS MANUEL CASTILLO MORALES
El intelectual y político ejemplar

Hay personas que mueren, cuando naturalmente deben morir, que es cuando han cumplido su misión en la vida o, por lo menos, en el momento en que todos creemos que ya poco tienen que hacer o decir. Pero hay personas que mueren cuando naturalmente no deberían morir, siendo así que dejan una labor truncada, como es el caso de **Carlos Manuel Castillo**.

En un prólogo que escribió **Carlos Manuel** para un trabajo que hice de los dirigentes históricos de nuestro partido, manifiesta lo siguiente: "La tarea esencial, única e impostergable en Liberación Nacional es detener sin demora el debilitamiento moral, ideológico, programático y electoral del partido; recuperar el favor de la ciudadanía de que siempre gozó, y hacerlo crecer con el apoyo de los jóvenes y de las mujeres, constituyéndolo, otra vez, en el instrumento de progreso de los costarricenses en todos los terrenos".

La tarea no es nada fácil, el camino de su realización está erizado de obstáculos. Son los obstáculos del desconocimiento de que el mundo cambió, de la desidia y del pesimismo, de la tentación de refugiarnos en el pasado, o de acoger la propuesta importada, de abdicar del pensamiento propio, para adoptar la fórmula engañosamente fácil; de confundir interés personal o de grupo con el bien común".

"Al mismo tiempo, es la tarea más hermosa y más fecunda que puede emprender todo liberacionista. Por la fidelidad a nuestros principios, y por nuestra obligación indeclinable de continuar la labor iniciada por quienes nos antecedieron en la magna obra de construir una patria sin miseria. Es también la más importante, pues un Liberación Nacional, fuerte vigoroso y con visión certera del futuro constituye una de las claves de la solidez y de la estabilidad de nuestra democracia política".

Lo transcrito es parte, tal vez, del último mensaje que dejó **Carlos Manuel**.

Efectivamente, este es un partido que, desde hace muchos años, se viene debilitando en todos sus campos de acción, perdiendo de vista principios ideológicos y morales originales y claros objetivos que deberíamos interesarnos en alcanzar. Varias razones podríamos dar para comprender esta decadencia, pero una de gran importancia es la pérdida de los grandes dirigentes históricos. Los partidos, como las personas, también quedan huérfanos por la muerte de sus padres. Y como sucede con las familias, los hijos no siempre son consecuentes con el ejemplo y reciedumbre de sus mayores. Pero, por otra parte, hay algo de natural en este comportamiento. Los que vivimos época de luchas y de enfrentamientos sociales y políticos porque un grupo desconoció la voluntad popular, aprendimos a pelear por derechos y libertades. Nuestros hijos, y en mi caso, nuestros nietos, nacieron y han vivido en esta larga paz liberacionista de cincuenta años. No saben lo que son brigadas de choque, militarotes asesinando, robando e invadiendo nuestros hogares. Entonces encuentran totalmente normal vivir sin responsabilidades públicas y sin preocupaciones políticas y sociales porque todo lo han encontrado hecho. Que es el caso del padre que logró amasar una fortuna para heredar a sus hijos, y que, a su muerte, éstos encuentran lógico destruirla porque no les costó nada.

Algo de todo esto está sucediendo en nuestro país. Nuestros hijos no aprendieron a luchar porque no lo han necesitado. Es indispensable, otra vez, el ejemplo, el carácter y la visión de los hombres que han quedado de un tiempo que ya no existe, pero que dio origen a la democracia que vivimos.

Por eso, por todo esto, es por lo que digo que **Carlos Manuel Castillo** ha muerto en momentos en que naturalmente no debería haber muerto. De la misma manera que afirmo que nos está haciendo falta don Pepe, para demostrar que en política son necesarias las ideas, pero también el carácter para defenderlas; o Daniel, marcando rumbos ideológicos y enseñando que el Partido es el instrumento adecuado para realizar proyectos esperanzadores; y un Fernando Volio, arquitecto de instituciones y defensor de la estructura constitucional del país, o, finalmente, Rodolfo Solano, que durante toda su vida se autoclasificó como la conciencia cívica del hombre común, así, a partir de hoy, nos hará falta **Carlos Manuel**.

En un momento en que los economistas desplazaron de la acción pública directa a los abogados y a los

humanistas, en todas partes del mundo, pero, sobre todo en América Latina, **Carlos Manuel Castillo** siendo un economista teórico sobresaliente y apreciado al máximo en todo nuestro continente, logró comprender que, por encima de la disciplina económica, que no siempre es científica sino experimental, está la labor política y la defensa de las bases culturales de nuestras naciones. Por eso fue acertado el juicio de Luis Alberto, dado hace muchos años, cuando afirmó que **Carlos Manuel**, posiblemente era el único economista político que teníamos en Costa Rica. El tiempo ha demostrado que **Carlos Manuel** efectivamente fue un gran economista y, al tiempo, un político en toda su dimensión.

Es amplia su trayectoria en los campos académicos, profesionales y en los organismos internacionales, así como en la función pública de nuestro país. En todos, su labor fue sobresaliente.

En una ocasión, el embajador de Uruguay en Suiza me dijo: "¿Cómo es posible que ustedes estén malgastando a **Carlos Manuel Castillo** en asuntos electorales internos cuando es uno de los cuatro sabios que tiene América Latina para trabajar en el campo internacional?".

Pero yo creo que no, que no desperdiciamos a **Carlos Manuel**. Porque él llegó a Costa Rica en un momento en que su presencia era conveniente. Durante mucho tiempo hemos apreciado su positiva labor en el Banco Central, en el Partido y en la reunión periódica que convocó durante varios años en su casa para crear pensamiento político. Fue un dirigente máximo.

No pudo llegar a la Presidencia de la República, a pesar de que fue candidato de nuestro partido. Algunos decían que no era un buen candidato pero que, si triunfaba, llegaría a ser un gran presidente. Esto de un buen candidato es relativo. Lo que sucedió fue que nunca hizo concesiones, ni pudo adoptar la pose demagógica, tan saludable en ocasiones, para recoger votos. Fue íntegro en su intelectualidad y en la defensa de principios básicos en los cuales creía. Yo diría que fue un magnífico candidato que ejemplarizó con rectitud intelectual no permitiendo rebajar la acción política para ganar simpatías, ni cedió a la tentación de convertir la lucha electoral en un circo. Por eso digo que sí fue un gran candidato. El partido y la democracia costarricense ganaron cuando un hombre como él fue candidato a la presidencia de la República.

Carlos Manuel tenía también un gran sentido del humor y hasta en momentos de grandes tensiones, salía a relucir la oportuna ocurrencia. El día de su muerte me llamó mi buen amigo Rafael Castro Silva para darme la triste noticia, pero además, para transmitirme un mensaje que Carlos Manuel le dijo: "Decile al doctorcito Enrique Obregón que lo siento mucho, pero que ya no podemos seguir conversando más porque he decidido tomarle la delantera".

Hace unos días, y después de una de estas reuniones para conversar de temas teóricos y morales, a las cuales me he referido anteriormente, el doctor Guido Miranda me hacía la observación siguiente, a propósito de algo que habíamos dicho acerca de la necesidad de construir un grupo que se dedicara a buscar principios ideológicos apropiados al momento histórico actual y directrices morales para nuestro Partido: -" Mira Enrique, ¿ Tú conoces de un partido social demócrata que se haya descalabrado ideológica y moralmente y que logre levantarse de nuevo?".

Bueno, pienso que esta es la gran respuesta que debemos dar de inmediato. Tenemos que levantarnos y volver por nuestros fueros históricos; pero sabiendo que el mundo ha cambiado y que ese cambio exige nuevas propuestas. Por el momento, solamente pensemos en esas palabras iniciales que cité de Carlos Manuel: "La tarea esencial, única e impostergable en Liberación Nacional es detener sin demora el debilitamiento moral, ideológico, programático y electoral del Partido", pero que al mismo tiempo, "es la tarea más hermosa y más fecunda que puede emprender todo liberacionista. Por la fidelidad a nuestros principios y por nuestra obligación indeclinable de continuar la labor iniciada por quienes nos antecedieron en la magna obra de construir una patria sin miseria".

Este es el mensaje que nos dejaron los padres de este partido y que, entregado por Carlos Manuel Castillo, representa un valor absoluto de lucha y compromiso que debemos recibir los liberacionistas como una orden casi sagrada de continuar en la lucha por los derechos y libertades de nuestro pueblo. Si no sentimos ese compromiso, todo el esfuerzo y el sacrificio de los fundadores de este Partido ha sido en vano. Deberíamos prometer que continuaremos laborando con entusiasmo por mantener un Partido fuerte en sus bases ideológica y morales, que garantice la permanencia democrática en este país.

CARLOS JOSÉ GUTIÉRREZ GUTIÉRREZ
-La integridad ideológica y moral-

En 1951, cuando se fundó el Partido Liberación Nacional, había en Costa Rica un grupo de jóvenes, entre los veinte y los treinta años, con una gran inquietud intelectual y política. Ese grupo, con esa doble actividad, venía, de varios años atrás, dirigido y orientado por don Roberto Brenes Mesén y Rodrigo Facio. Carlos José Gutiérrez, saliendo apenas de la adolescencia, perteneció a ese grupo. Eran patriotas, idealistas, de clara orientación social. Después de los acontecimientos de 1948, algunos de estos muchachos se marcharon a otros partidos o se dedicaron exclusivamente a sus labores profesionales, abandonando la actividad política. Pero Otros, no pocos, se mantuvieron dentro del nuevo partido político, aceptando en toda su dimensión los planteamientos social democráticos.

En el campo de la sociología política es conocido el fenómeno de la radicalización teórica, cuando un partido socialista no ha tomado el poder, y lo que sucede luego cuando asciende a las esferas máximas de representación política nacional, integrando gobierno y parlamentos. Este fenómeno ocasiona grandes discusiones internas dentro de los partidos, divisiones y, sobre todo, incomprendiones, por las aspiraciones máximas, que doctrinariamente se plantean, y las posibilidades mínimas que las estructuras liberales permiten. Es decir, entre lo que se desea y lo que se puede.

Por eso, los que entienden bien la estrategia social democrática, saben que, en ocasiones, el avance, los cambios, se dan en condiciones sumamente difíciles y que la marcha hacia el futuro la marca el paso lento. Los impacientes que no comprenden ciertas leyes históricas, denuncian, rompen con el partido y se van hacia otras tiendas. Pero los que logran entender tempranamente, se quedan y continúan la lucha.

En el Partido Liberación Nacional han existido desviaciones, algunas sumamente graves. Eso nadie lo puede negar. No obstante, y en manifiesto contraste, hemos tenido cientos de funcionarios de gran rectitud, que han dado prestigio y honra a esta agrupación política, porque nadie, jamás, les imputó cargos de corrupción. Fueron funcionarios intachables, como Jorge Manuel Dengo, José Luis Molina, Jenaro Valverde, Jorge Luis Villanueva, Fernando Volio, Alfonso Carro, Eugenio

Rodríguez, Rodolfo Solano, Eduardo Jenkins, Matilde Marín, Alberto Cañas y, desde luego, Carlos José Gutiérrez. Fueron diputados, fueron ministros, fueron embajadores, y nadie, nunca, lanzó una leve sospecha a su comportamiento moral.

Hay un detalle poco conocido de Carlos José, y es su participación en la guerra civil. Apenas. Apenas iniciada la revolución, se integró con los combatientes de Figueres. Pero don Pepe, posiblemente viéndolo tan joven, tan intelectual, lo destinó a su guardia personal. Cuando se escogieron los 65 soldados que irían a tomar Limón- entre ellos no estaba Carlos José- don Pepe les dijo: "este es el último momento que hay para arrepentirse. Quien no quiera partir que de un paso adelante y punto". Uno de ellos dio el paso. Entonces Carlos José pidió ocupar su lugar. Nadie sabía en qué consistía la misión, pero todos estaban conscientes de que se trataba de algo serio y peligroso. Carlos José dijo tranquilamente: "es muy aburrido ser de la guardia personal. Prefiero unirme a ustedes para lo que sea".

De esta manera, estuvo entre los sesenta y cinco combatientes que tomaron Limón, una de las misiones más arriesgadas de la guerra del 48 y el primer desembarco aerotransportado en América Latina.

Carlos José Gutiérrez nunca habló de su participación en la guerra civil. Lo estimó como un deber ciudadano. Como muchos otros, fue, peleó y regresó, considerándolo como la cosa más natural del mundo.

Finalmente deseo enfatizar su consecuencia ideológica. De aquel grupo de jóvenes que formó don Roberto Brenes Mesén y continuó dirigiendo Rodrigo Facio, Carlos José Gutiérrez, con el transcurso de los años, llegó a ser como su máximo representante, por su permanente preocupación por la izquierda democrática, hasta el extremo de publicar dos tomos sobre los orígenes, fundamentos doctrinarios y objetivos del Partido Liberación Nacional y de la social democracia costarricense. De la introducción a dicho libro entresaco el siguiente pensamiento que escribió: "Una mayor democracia supone necesariamente una pérdida de poder para los grupos que lo ostentaban antes en su totalidad. El proceso de apertura del gobierno costarricense se ha ampliado y como resultado de esa apertura, la antigua "oligarquía agro-exportadora" que dominaba la política ha visto disminuida su posibilidad de orientar las decisiones públicas. Ello hace

perfectamente explicable que los sectores oligárquicos hayan contribuido a financiar el antiliberacionismo, que hayan resistido las medidas de mejoramiento social propulsadas por los gobiernos de Figueres, Orlich y Oduber.

“Pero la nostalgia de las épocas de poder total, y el temor nunca perdido de que la disminución de la brecha social propugnada por el liberacionismo, se hiciera con menoscabo de los privilegios que todavía mantiene, hizo que los sectores de mayor poder económico no hubieran visto con buenos ojos el que un partido de orientación social-demócrata se mantenga como organización política mayoritaria de Costa Rica”.

En este país es oportuno expresar públicamente un razonamiento como éste, ahora, cuando tantos, vinculados históricamente al socialismo democrático, quieren concertar, es decir, unir en una sola corriente de pensamiento a la social democracia con el liberalismo económico que está en el poder.